

Prólogo

AGOSTO DE 2021. DE CAMINO AL *TRAINING*

El avión sufrió una leve sacudida mientras Alessandro esperaba frente a la estrecha puerta del aseo, pero nada comparado con el temblor que sintió cuando esta se abrió y su mejor bailarina dio un respingo al toparse de frente con él. Un respingo de... ¿culpabilidad?

Alessandro se preguntó qué le pasaba.

Obtuvo su respuesta un segundo después, cuando otra persona salió detrás de ella: su mejor bailarín, destilando esa superioridad que tanto atraía en pista y que solo usaba... en pista. Y en ese momento.

Alessandro tomó consciencia lentamente de lo que estaba viendo.

Su mejor pareja de baile. Juntos. En el aseo del avión.

Obedeciendo a un impulso, Alessandro retuvo al chico ruso posándole una mano en el hombro, más alto que el suyo, y él se volvió sin variar su expresión severa e indolente de costumbre.

Alessandro tenía un buen surtido de advertencias de alguien que lleva años en el mundo del baile deportivo. También tenía preguntas, pero no hizo ninguna. Mikha era de oponerse en silencio o incluso replegarse si le cortaban las alas sin una explicación, y Alessandro de reflexionar antes de actuar. Tenía que rumiar bien qué le diría; porque, entre otras cosas, él no era de los que sacaban conclusiones precipitadas.

Retiró el brazo y dio un paso atrás.

—¿Todo bien? —preguntó.

Mikhail asintió en silencio y siguió su camino, detrás de la chica.

Alessandro no supo si la mano de su bailarín en la cintura de

su bailarina era una declaración de que nunca se escondería, o si el amor lo tenía tan obnubilado que no reparó en que él sí los veía.

Alessandro entró al baño convenciéndose de que había sido un gesto sin intención debido a las turbulencias. Lisa y Mikha se llevaban bien. Eran pareja de baile desde hacía cuatro años y, en ese tiempo, los había visto desarrollar una colaboración respetuosa, cercana a la amistad, y cuidarse mutuamente, aunque hasta ahí. Mikha no era dado a dejarse conocer, y Lisa tenía un firme objetivo: triunfar en el baile. Y Alessandro sabía que nada la haría poner en riesgo esa meta, y mucho menos, un amorío pasajero con su pareja de baile. Y es que eso eran los flechazos a esa edad.

Decidió no ver sombras donde no las había.

Alessandro se lavó y secó las manos antes de salir. Una vez fuera, caminó por el pasillo hasta que un ligero movimiento llamó su atención. Fue mínimo y discreto, pero él tenía experiencia en esos asuntos y lo detectó. La yema de un dedo acariciando el dorso de otra mano, una postura íntima, la expresión ajena de dos rostros que miran en direcciones opuestas pero que solo son conscientes del otro.

Alessandro lo vio. Y la preocupación hizo sonar todas las alarmas cuando alcanzó su asiento, solo dos filas por detrás de los infractores, y los observó. Vio a Mikhail inclinarse hacia el oído de Lisa para susurrarle algo que la hizo reír, y el estómago se le contrajo. El vínculo entre esos dos siempre había sido único, pero lo que estaba viendo iba más allá. Había una intimidad que nunca antes hubo. Supo que tenía un problema. Uno de los grandes e iba a tener que atajarlo. Demasiadas parejas deportivas se habían arruinado por mezclar el sexo o el amor. Él mismo era un gran ejemplo: la prueba viviente de que no funcionaban a largo plazo. Jamás.

1. Lisa

UN AÑO DESPUÉS. SEPTIEMBRE DE 2022

Hay cosas en la vida que, sencillamente, no están destinadas a ser. Como ese pequeño renacuajo que apareció en el charco que siempre se forma en mi jardín porque no drena bien. O la seta que brotó en el tiesto del aguacatero; quién sabe si el saco de tierra que compramos en Walmart traía esporas. Estaría bien que el destino te agitara un dedo en la cara: «No, no, tú no eres para él; él no es para ti», en lugar de hacerte sufrir. Los medios que usa para apartarte del camino equivocado son crueles. Más aún cuando el sendero del que fuiste bruscamente expulsada discurre paralelo al tuyo. Siempre en paralelo, de modo que eres incapaz de perderlo de vista.

Incapaz, también, de llegar a él.

Echo de menos una despedida de mi madre antes de dirigirme al nuevo instituto. Un abrazo de ánimo me habría bastado. Miro al chico que camina a medio metro de mí. Y antes le pediría el abrazo a un cactus, vamos.

Mikha. Alto, moreno, apuesto y muy reservado.

Mi pareja de baile desde hace cinco años.

Mi amigo hasta hace un año.

Mi primer beso y mi primer *todo*.

Mi primer desengaño amoroso.

Mikha y yo avanzamos sin dirigirnos la palabra. A pesar de que nos ignoramos, la energía que desprendemos se acompasa. Estamos acostumbrados a sincronizar nuestros pasos sin necesidad de nada más que de consultar el aire a nuestro alrededor. Podríamos localizarnos en una sala oscura únicamente gracias al aire que rodea nuestro cuerpo. Para dos personas que se odian, es una putada tener el radar siempre en el otro.

Aunque la tensión que siento se debe a otro motivo: cursaremos nuestro último año en un instituto nuevo. Mikha, sin embargo, camina tan tranquilo, con una camiseta que ya se ajusta demasiado a una estructura ósea y muscular que se ha expandido en todas direcciones, y un pantalón vaquero que vuelve a quedarle corto. Mikha sigue creciendo y se niega a gastar dinero en ropa. A pesar de que mi madre le suplica que se guarde para él lo que gana trabajando en el bar, prefiere contribuir a los gastos de la casa dejando el efectivo en el bote de galletas.

Lo observo de reojo con un ramalazo de envidia: a él nada lo intimida, es un tío de mundo, no como yo. Además, ya tiene experiencia en cambiar de escuela. Lo hizo cuando llegó a Estados Unidos, con doce años, mientras que yo he permanecido en el mismo colegio desde pequeña.

Menos mal que cuento con Sarah, a la cual diviso cerca de la puerta del instituto. Alrededor, un flujo de alumnos se arremolina para entrar, provocando un efecto embudo al que ya se ha unido Mikha.

—¡Toma, Mikha! —Se ha situado en la cola para entrar y no me ha oído. Me veo obligada a llamarlo de nuevo. Esta vez hace girar sus pies, sin desplazarse. Hasta donde yo sé, anda bien del oído, así que concluyo que no quiere que lo relacionen conmigo. Pues te jodes—. ¡Mikha! —insisto.

Se acerca con gesto contrariado, y no me extraña. Hacía mucho que yo no pronunciaba su nombre, y araña la garganta. A él debe de arañarle los oídos también, pues sus deportivas se revuelven con inquietud cuando llega a mí. Me apresuro a sacar un paquete pequeño de la mochila y se lo tiendo sin mirarlo.

—He preparado el almuerzo. —No lo coge, de modo que insisto—. Es de queso y chocolate. —Es una mezcla rarísima de algo ruso. Intuyo que le recuerda a un plato de su infancia y que lo avergüenza.

No es habitual esto del almuerzo. En el otro colegio comprábamos la comida en la cafetería, pero dada la actual situación económica de mi familia, he preferido no gastar de más.

El sándwich sigue en mi mano. No sé si lo aceptará. Desde hace un año, Mikha no acepta muchas cosas de mi parte. Pero lo que no voy a permitir es que se muera de hambre; lo necesito para competir y ganar, me digo, no porque me preocupe por él. Además, soy una persona educada.

El día más feliz de mi vida fue cuando mis padres me sentaron en la silla de la cocina para hablarme de acoger a un bailarín extranjero. Era una petición que yo había hecho, y de la cual ya había perdido la esperanza. Al fin y al cabo, no tenía tanto nivel como para aspirar a algo así, ni mis padres iban tan sobrados de dinero como para mantener otra boca, menos aún desde que habían invertido todos los ahorros en su pequeña tienda de suvenires a pie de playa. Sin embargo, no me lo pensé cuando me preguntaron si seguía siendo mi sueño. Asentí, los besé, lloré, reí. Me hicieron prometer que siempre lo trataría bien, aunque tuviéramos roces, aunque no fuera lo que yo esperaba. Lo hice con sumo gusto.

El problema es que Mikha fue *demasiado* lo que yo quería.

Aunque, por lo visto, yo no lo fui para él.

No obstante, jamás romperé la promesa que les hice a mis padres de cuidarlo y ser educada con él, incluso si me rompe, una vez tras otra, el corazón.

Respiro aliviada cuando su mano se alza y coge el sándwich. Sin intercambiar más que un gracias, se da la vuelta y desaparece, momento en que mi boca se llena del sabor, siempre amargo, que me genera su rechazo.

Sarah se aproxima. Lo bueno que tiene el instituto público es ella, mi amiga desde que, a los ocho años, saltó a defenderme de unas chicas del barrio donde vivimos. La increpé por meterse

en medio, y ella me contestó que se metía donde le daba la gana. Al final, ha resultado la amistad más sincera de todo mi entorno.

Otra cosa buena del instituto es perder de vista a Silvina (ex-amiga, también perteneciente al club de baile deportivo).

Sarah observa con extrañeza el lugar por el que Mikha ha desaparecido.

—¿Qué narices le pasa a este? Venía a saludarlo, pero no me ha dado tiempo. ¿Llega tarde o qué? —pregunta con su habitual tono brusco del Bronx.

Me encojo de hombros sin mirarlo.

—Nada. No pasa nada.

Al menos, nada fuera de lo común. Aunque es normal que ella no lo entienda, pues Sarah solo nos ha visto en la escuela de baile. No sabe que, fuera, nuestra relación es inexistente o, en el mejor de los casos, pasivo-agresiva.

—No me digas que esto es lo normal... ¿desde el *training*? —adivina, abriendo con horror sus ojos maquillados.

La vergüenza me golpea. Todo el mundo se enteró de lo que ocurrió en el *training*. Asiento, intentando que no me afecte, y ella suspira.

—Cualquiera lo diría con la conexión que tenéis en pista.

—Ya. Recuerda que, en pista, nada es real. —Y eso es lo que me repito competición tras competición, cuando, obligado por los primeros acordes, sus ojos me miran y parecen querer decirme otra cosa—. Además, Mikha está aquí con un visado de deportista. En pista ha de fingir que nos gustamos, es la premisa del baile deportivo.

Sarah va a discutir mi observación, pero la corto. Bastante nerviosa estoy como para remover el recuerdo que más dolor me causa.

Me toca Lenguas Europeas en el aula 2B. Mikha también tiene esta clase, es nuestra única asignatura común, por eso no

me extraña encontrarlo allí ni que haya entablado conversación una chica y un chico que ríen sus comentarios. Ya ha hecho amigos. Pese a lo serio y distante que es, nada le cuesta demasiado trabajo. Es como si el mundo se empeñara en dárselo todo en bandeja mientras a otras personas se lo quita.

El profesor entra y se sienta a su mesa. Tras pedir silencio y ponerse las gafas para consultar un papel, pronuncia mi nombre para que salga a presentarme.

Me levanto con un suspiro y camino sintiendo que todas las miradas me siguen. Reviso mentalmente mi indumentaria. Blusa azul abrochada hasta el cuello, remetida por dentro del pantalón vaquero acampanado; zapatillas negras; coleta estirada. Me doy la vuelta y trato de no mirar a nadie en particular.

—Háblenos de usted, señorita Richardson —pide el profesor.

—Me llamo Lisa y vengo del Kensington College. —Buscaba algo que añadir a mi nombre solo por aportar algún dato, pero me percaté de mi error en cuanto veo las sonrisas torcidas.

Me acabo de convertir en la niña rica caída en desgracia. Deben de preguntarse si he cambiado al instituto público porque me expulsaron o por mis notas, o si mi familia estará pasando apuros económicos. Y no errarían, al menos en la última.

El profesor de Lenguas Europeas garabatea sobre una hoja. Estoy bastante segura de que eso que escribe es una lista de la compra.

—Muy bien. ¿Alguna pregunta para Lisa?

Me revuelvo con inquietud. Arrastro la vista por el aula con la esperanza de que nadie intervenga, pero una mano se estira como queriendo alcanzar el techo.

—¡Sí! Yo tengo una, profesor.

—Pues fórmulela, señor Cohen.

—¿Edad, aficiones? ¿Tienes novio?

Se alzan varias risas, secundadas por dos o tres bufidos procedentes de un grupo de chicas en una esquina.

Lo fulmino con la mirada y opto por no contestar, pero el profesor insiste cuando intento regresar a mi sitio. Aprieto los labios.

—Diecisiete. —«Como todos aquí», me gustaría añadir—. Bordar a punto de cruz —miento, desatando unas cuantas risitas—. Y no tengo novio. —Aquí no miento.

—Muy bien, gracias, señorita Richardson.

Me escabullo y el profesor llama a Mikha. Por una vez, el karma parece mostrarse ecuánime.

Mientras me siento, mi mirada recalca en el chico que me ha hecho las preguntas, y que ahora me guiña un ojo. Una de las chicas del fondo lo observa con un gesto que me indica que, seguramente, el numerito de preguntarme si tengo novio ha sido por ella. No me gusta que me haya puesto en una situación que me granjee enemistades el primer día de clase, de modo que vuelvo la cabeza al frente, pero mantengo la vista clavada en mis manos, ambas sobre el pupitre de madera, mientras el profesor le pide a Mikha que se presente.

—Me llamo Mikhail Vetrov y tengo nacionalidad rusa. Nunca se me irá el acento y no me tiño el pelo; no todos los rusos son rubios. Tampoco me gusta el vodka. —Y se dirige a su mesa con andar resuelto.

Siento el impulso de reivindicar si no hay preguntas para él. Lo reprimo porque no tengo cinco años.

—A mí también me gusta tu acento —comenta una chica desde atrás. Ella sí que es rubia. El resto de la clase se ríe, incluido Mikha, y percibo la fascinación en los ojos que lo siguen, tanto masculinos como femeninos.

Me maravilla la facilidad con la que ha hablado sin decir nada.

El karma lo adora. Y a mí no debería provocarme tanta rabia.

—Nacionalidad rusa. —El profesor asiente, levantándose—. Podrá ayudarnos con las traducciones, entonces.

—El ruso no es una lengua europea —lo corta Mikha desde su silla, aunque no sé el motivo. Aparte del ruso, Mikha habla más lenguas que sí son europeas, como el estonio o el lituano, creo recordar. Aunque podría estar equivocada. A Mikha siempre le ha costado abrirse, incluso cuando éramos amigos.

—A mí me está interesando cada vez más el ruso, profesor —interrumpe la chica rubia de antes—. Voto por incluirlo en las lenguas muertas.

La clase vuelve a reír. Sé perfectamente qué ruso es el que le interesa.

—Europeas, señorita Swinn, no muertas.

El resto del día transcurre más o menos igual. En las otras asignaturas sí coincido con Sarah, ya que compartimos optativas.

—Todo el mundo habla de Mikha —me comenta—. «El ruso», lo llaman, por eso de ser originales.

Me cuenta que lo ha visto de camino a Secretaría siendo acechado por el grupito de animadoras de segundo año. Y que a las pobres todavía no les ha llegado la noticia de que una tal Crystal lo ha reclamado, concluye con una sonrisa cargada de malicia, metiéndose un pastelillo en la boca. Se fija en mí mientras mastica.

—¿No te importa?

Yo sigo comiendo mi sándwich. Me encojo de hombros.

—¿Por qué iba a importarme?

—Hace un año os morreabais por las esquinas.

—Igual que cualquier adolescente con hormonas.

—No es lo mismo.

«Claro que lo es. Tiene que serlo».

Termino un poco tarde la jornada escolar porque tengo que quedarme a rellenar un impreso de asistencias. No hay casi

alumnos en los pasillos y tampoco afuera. El autobús ya ha pasado, de modo que comienzo a andar por la acera. Ni siquiera echo un vistazo alrededor, por eso me sorprende cuando, primero, noto la conexión; luego, sus pasos a la par que los míos.

No decimos nada. Tampoco nos miramos. No me molesta; ya estoy acostumbrada. Y lo prefiero así. Prefiero no toparme con su gesto severo o, incluso, decepcionado cada vez que nuestras miradas se encuentran sin querer. Jamás entenderé de dónde nace ese resentimiento, pues el único que traicionó fue él.

2. Lisa

CON DOCE AÑOS

Acababa de cumplir doce años cuando Mikhail llegó a mi casa procedente de Rusia, el Viejo Continente. Tenía mil preguntas que hacerle, aunque no estaba segura de si me atrevería. No era tímida, pero sobre él pesaban demasiadas expectativas. Yo había esperado tanto ese momento...

Quería preguntarle si conocía Europa occidental. Cuántos idiomas hablaba. Mi ciudad, en el estado de Virginia, era costera y congregaba mucho turismo durante el verano. Pero era un turismo nacional. Se escuchaban pocos idiomas y acentos, y, desde luego, nunca ruso. Esperaba que no se sintiera raro.

Me arrancaba trocitos de uña mientras esperaba sentada en las escaleras del porche con la vista puesta en el principio de la calle. Silvina se quejaba porque en Instagram no existía una cuenta rusa de baile deportivo. Al final, apartó el teléfono.

—¿Te imaginas que le suda la entrepierna, como a Rufus? O peor, podría tirarse pedos durante el *jive*, como aquel chico eslavo.

—Era griego, no eslavo. —Recordaba a aquel chico en particular, porque nuestro club, que era muy pequeño, no solía acoger a bailarines no americanos. Esperaba que a Mikhail no le pareciera una caca y quisiera irse enseguida—. Y, por lo que he visto, no me parece que a Mikhail le sude nada raro.

Otra pielecita se despegó de un tirón y me salió sangre. Silvina me miró con cinta métrica en los ojos.

—No sabía que ya habíais bailado juntos. —Noté su tensión en mi brazo, entrelazado con el suyo.

—No lo hemos hecho, pero nos mandaron vídeos suyos bailando.

Creo que le contrarió no haber sido partícipe de ello.

—Entonces, ¿cómo sabes que sois compatibles?

—No lo sabemos.

«Ojalá lo seamos». Era un obstáculo al que nos tendríamos que enfrentar. Hacer una prueba previa resultaba inviable. Yo no podía viajar a Rusia, y él tampoco a Estados Unidos solo para valorar el *feeling*.

El *feeling* es la sintonía con el otro bailarín. Hay parejas que lo tienen y parejas que no. Y la diferencia es brutal. Es como disfrutar de una aurora boreal en Alaska, calentita bajo una manta de lana de alpaca, o hacerlo en un gif de tu móvil. Nada que ver. Hay parejas que nunca logran superar la brusquedad en los movimientos, o que, aun tocándose, parecen bailar por separado. Contemplar a parejas poco sincronizadas no gusta, por lo que la vista se va irremediablemente a otras. Y si quieres ser el mejor, tiene que haber *feeling*.

Yo esperaba que Mikhail viniera con buena predisposición para hacer el esfuerzo.

Fue Alessandro, mi entrenador, quien colgó un anuncio en la web para encontrar en el extranjero una pareja «de mi nivel».

Y apareció Mikhail.

Mis padres se comprometieron a darle alojamiento en nuestra casa y costear todos sus gastos; un procedimiento muy común en el mundo del baile deportivo. Las parejas se creaban con propósito, y cuando una cuajaba, se la empujaba a lo más alto.

Si eso ocurría con nosotros, Mikhail Vetrov se convertiría en una especie de hermano de acogida no oficial, ya que él poseía familia en su país.

Mis padres fueron a recogerlo al aeropuerto en la vieja camioneta Ford. Solo contaba con tres plazas, de modo que yo me ofrecí a esperar en casa.

Silvina me lanzó una mirada de intriga.

—Igual no habla inglés —aventuró.

—Estudia en un colegio bilingüe. —Era uno de los pocos datos que habíamos obtenido de él.

—Pues será superrubio, seguro. Todos los rusos lo son.

—En realidad es moreno.

—Ah. —Torció el gesto sin esconder su decepción.

Me hubiera gustado decirle que podía ser calvo y, aun así, yo no haría ascos; no todas teníamos la suerte de poder bailar con nuestro mellizo, como era su caso. Ellos dos eran mis mejores amigos desde pequeños, y a veces Silvina me permitía bailar con Will en los entrenamientos. Pero ese último año parecían muy centrados en bailar ellos dos solos. Yo echaba de menos tener una pareja de baile no imaginaria o que no perteneciera a otra.

Mikhail era un regalo, como he dicho.

Un regalo demasiado cargado de expectativas.

De pronto, la furgoneta dobló la esquina. Aparcó con suavidad en nuestra acera, llena de hojas secas que crujieron, y a mí el pulso se me disparó. Silvina dijo algo que no escuché y se situó a mi lado. Pensé en pedirle que se marchara; no quería que el chico se hiciera ilusiones de que su compañera fuese ella, con tanta seguridad en sí misma. A pesar de que las dos teníamos la misma edad, Silvina ya había empezado a coquetear con las poses y las sonrisas.

Mis padres descendieron del automóvil y, poco después, lo hizo él. Vestía un pantalón deportivo con rayas blancas en los laterales, una sudadera negra con cremallera y capucha sobre una camiseta blanca, y una gorra azul, roja y blanca. Mi padre bajó una maleta de tamaño medio y los tres se acercaron.

—Es superbajito. No vais a poder bailar —opinó Silvina. Era mi mejor amiga, pero a veces yo odiaba sus críticas, como si únicamente a ella le pudieran pasar cosas buenas.

—Los bajitos suelen bailar mejor. Son más compactos. —Al menos, eso decía Alessandro.

Además, no era tan bajito, solo dos dedos menos que yo. Tardé tanto en reaccionar que Silvina se adelantó y se presentó a mi nueva pareja de baile.

Su rostro...

Su rostro me pareció muy agradable, a pesar del gesto severo, incluso ceñudo. Aunque sostenía la mirada sin vacilar, la forma en que me analizaba era agresiva, como si no quisiera estar aquí. Por primera vez se me ocurrió que, quizás, mi deseo de tener una pareja de baile, le había alterado la vida, y que era posible que yo no obtuviera el agradecimiento que había esperado. Tenía entendido que las condiciones en las que él vivía en Rusia no eran las mejores, pero desconocía el motivo. Tal vez lo habían obligado. Tal vez...

Mi madre me pidió que le enseñara la casa y su habitación. Dentro hacía calor, a pesar de que las ventanas estaban abiertas para crear corrientes de aire, pero él no se deshizo de la chaqueta.

Las habitaciones estaban en el piso de arriba. Subí las escaleras escuchando sus pasos detrás. Me detuve al fondo del pasillo y abrí la puerta para que entrara.

—¿Te gusta?

Estaba tan deseosa de que quisiera quedarse que le había cedido la mía, más grande y con vistas a la bahía de Linkhorn. Esperaba que apreciara los muebles, básicos pero nuevos, y las paredes recién pintadas de blanco, ya que antes eran rosas.

—Puedes decorarla como tú quieras —volví a intentar, sin obtener más que silencio. Lo miré y, de nuevo, la armonía de su perfil me abstraía. Era un compendio de ángulos marcados y bonitos, donde predominaban unos ojos oscuros y rasgados, rodeados de espesas pestañas negras. La cámara no le había hecho justicia.

El silencio se alargó. Supe que tenía que añadir algo. Ofrecerle ver la mía para que comprendiera que la suya era mejor, aunque

luego pensé en el póster de *Dirty Dancing* y me dio vergüenza. Me sentía desmoralizada. Él era serio y poco comunicativo, y a mí me había poseído mi versión más tímida. Era imposible que congeniáramos. Pensé en mis padres y me esforcé por esbozar una mejor sonrisa.

—Hay un baño entre nuestras habitaciones. Te he hecho hueco para que pongas tus cosas en el lado derecho. Te gustará Virginia Beach, ya verás. Es soleado y tiene la playa más larga del mundo. Tenemos lagos y montañas y el clima es...

De pronto, se dio la vuelta y se quitó la gorra. Ahogué una exclamación al ver, a través de los mechones lisos y oscuros de su pelo, una cicatriz reciente con inicio en la sien, por encima de la oreja. Todavía llevaba grapas para mantener unida la carne, roja e inflamada. Se la tocó con los dedos y me percaté de los hematomas de diferentes tonos que coloreaban el dorso de su mano.

—¿Qué... qué te ha pasado?

—Una pelea.

—¿Por qué?

—Porque soy bueno en eso, peleando. Cuando eres bueno en algo, te usan como moneda de cambio.

Había tanto y tan poco en sus palabras.

—¿Te... te obligaban? —Mi cara expresó todo el horror que sentí.

—Aléjate de mí si no quieres terminar igual.

Se me cayó el mundo a los pies. Si quería infundirme miedo, lo estaba consiguiendo. La pregunta era si mi deseo de competir superaba ese temor.

—Y ¿cómo bailaremos? Para bailar hay que tocarse. —Me invadió un escalofrío y él lo notó.

—Puedo bailar, para eso estoy aquí. —Sus ojos se volvieron más oscuros y retadores—. Soy bajito y compacto, ¿no? Y prefiero bailar a pelear. Pero el resto del tiempo, déjame solo.

Entendí que estaba aquí con el único interés de evitar aquella vida y me pregunté si eso valdría.

Salí de la habitación desmoralizada. No iba a tener a mi pareja soñada, tan implicada como yo en el baile deportivo; no íbamos a ver competiciones en *streaming* tumbados bajo una manta, ni a poner música y bailar por bailar. Sin embargo, si quería que funcionara, debía tirar por los dos. Y ese pensamiento me hizo recuperar el ánimo. Mikha aseguraba que era bueno bailando, su físico se adivinaba atlético y, encima, era guapo.

Sonreí y contesté con entusiasmo cuando mi madre me preguntó qué me parecía. Fingí para conservar a Mikha como pareja de baile. Fingí porque mis padres estaban haciendo un grandísimo esfuerzo económico.

Sin sospechar que «fingir» acabaría siendo la brújula secreta de nuestra historia.